

A enfrentarnos con la realidad

William McDonald; San José, California, Estados Unidos.
Traducido y adaptado en España por C.T. Knott; 1994.

Cuando vemos la barba del vecino ardiendo, pongamos la nuestra en remojo.

Espiritualmente hablando, estamos en una condición alarmante. Ver la situación de muchas de las asambleas y otras iglesias “evangélicas” es como escuchar malas noticias, y se va deteriorando.

Han surgido casos escandalosos de inmoralidad, aun de ancianos de iglesias y obreros dirigentes de obras evangélicas. Por supuesto, este tipo de noticias nunca sale en nuestras revistas de edificación para los cristianos. Lo que se publica tiene que ser positivo, de luz y bendición. En lugar de lamentar el pecado y aplicar la disciplina bíblica, tales pecados han sido encubiertos para no dañar la reputación de algunos y dejarles seguir en su ministerio.

Hemos estado **envanecidos**. No hemos lamentado ante el descubrimiento de tales pecados. “¿No debierais más bien haberos lamentado?” 1 Corintios 5.2.

Hay una falta abismal en cuanto a la enseñanza y práctica de la **disciplina**, la cual el Señor ha dado para la santidad de la iglesia. Casi todo es consentido bajo el lema de que no se puede dirigir la vida de la gente, o no debemos ser dictadores. ¡Vaya! ¿Y qué ha pasado con ser apostólicos y bíblicos? Y en los casos en las que hay disciplina —para vergüenza nuestra hay que decir esto— otras iglesias locales con impunidad aceptan a los que han sido disciplinados. En vez de respetar y apoyar la asamblea, y demandar que los que han salido sean reconciliados con sus hermanos antes de ser recibidos en otro sitio, hacen caso a los que han sido disciplinados, como si hubiesen sido maltratados.

¿Será posible? Es que hay gran arrogancia y menosprecio para lo que es el ejercicio de disciplina de parte de una asamblea. Circula la idea perversa que recibir a los que están bajo disciplina es ayudarles o tener misericordia. Así abonamos la independencia y rebelión que el hombre lleva en sí por naturaleza. “Anduvisteis ... siguiendo la corriente de este mundo ... haciendo la voluntad de la carne”, Efesios 2.2.3.

Por otra parte, nos hemos vuelto **materialistas** casi cien por cien: comprando, haciéndonos edificios y acumulando posesiones como si nuestro futuro estuviera aquí en lugar de en el cielo. Tomando la piedad como fuente de ganancia, nos hacemos adoradores del dinero. Huyendo de la idolatría católicorromana, hemos caído en la evangélica, cual es la avaricia. “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: ... avaricia, que es idolatría”, Colosenses 3.5.

Tenemos orgullo del número de empresarios o profesionales exitosos en nuestras asambleas, en lugar de tener un número así de hombres de Dios. El dinero ha llegado a ser nuestro amo. Hemos hecho más caso a las demandas del mundo de los negocios que a las demandas de Cristo. La empresa, u otra actividad similar, puede contar con nosotros cuando nuestra asamblea no puede. Nuestra condenación se encuentra en las palabras de Samuel Johnson, de la Inglaterra de antaño: “La codicia del oro es algo sin sentimientos y sin remordimiento, y es la última corrupción del hombre degenerado”.

Buscamos renombre, respeto, aceptación, reconocimiento, admiración e importancia a los ojos de los demás; aun a los ojos de mundanos. Sacrificamos todo para empleos prestigiosos, viviendas prestigiosas y vehículos prestigiosos. (“¡Él tiene el coche del año!”) Y como si todo esto no fuera bastante, anhelamos carreras prestigiosas para nuestros hijos, e invertimos todo en su preparación para tener éxito en el mundo.

La verdad es que en nuestro antojo loco de verles exitosos y acomodados en el mundo, los hacemos pasar por el fuego en esta vida y sufrir las penas del infierno en la vida venidera.

Con demasiada frecuencia guardamos una fachada evangélica de apariencia de piedad y respetabilidad, pero detrás de ella no hay poder espiritual. No estamos ajenos de los sobornos, tratos y acuerdos “bajo mano”, deshonestidad en cuanto a los impuestos del gobierno y tasas para servicios públicos. Nos entregamos a prácticas ilegales en nuestra condición de patronos (aun del servicio doméstico) y a otras de las innumerables formas de incumplir las leyes y desobedecer el mandato de 1 Pedro 2.13,14: “Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como a superior, ya sea a los gobernadores, como por él enviados ...” En nuestras vidas personales hay frialdad espiritual, dejadez de tiempo devocional y de la lectura de la Biblia. Hay amargura, contención, lujuria, liviandad, chismes, críticas, murmuraciones e impureza. Estamos viviendo una mentira.

Muchos de nuestros hijos se han ido de la congregación aunque en un tiempo asistían a las reuniones y los llevábamos a los campamentos; habíamos oído de su oración de “conversión” y los bautizamos. Se han involucrado en el materialismo, drogadicción, alcoholismo, placeres, perversión sexual y pasotismo. Como ingenuos decimos que “se han apartado del Señor”, porque no nos gusta llamarles lo que son. “Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan”, Tito 1.16.

¿Por qué ocurre esto? Porque ahora recogemos el fruto de nuestra **permisividad** y de cómo los criábamos, chupándoles el dedo, consintiéndoles su voluntad, dejándoles alimentarse de la televisión y de lo que ella enseña: la mundanalidad. Pero, ¿estamos quebrantados ante el Señor, o seguimos resistiendo y negando que la culpa sea nuestra?

Aceptamos y nos alimentamos sin vergüenza de la caja tonta: el televisor, o “tubo bobo”, con su ojo que nunca parpadea. En el principio no fue recibido entre el pueblo de Dios, pero ahora encuentras el ídolo en casas evangélicas y los cristianos rindiéndole culto. Concursos, películas, deportes, dibujos ... amamos los deleites más que a Dios. Permitimos que nos pongan en el mismo molde mundano de la moda, las diversiones y los ideales del mundo.

El pecado de la falta de oración se ve entre nosotros con demasiada facilidad. Hay asambleas que ni siquiera se reúnen para orar. En aquellas en las que todavía oran juntos, es la reunión de menos asistencia. De ahí la pobreza y debilidad espiritual. En nuestra riqueza y autosuficiencia no sentimos urgencia en cuanto a la oración.

Hay una corriente de ir abandonando el lugar bíblico de **la mujer** en la congregación. Algunas iglesias locales van cediendo poco a poco, dejando que participen en voz alta en la reunión de oración. Otras ya han desechado todo; ven como cosas anticuadas el velo, el silencio, la sumisión y la renuncia de joyas, fantasías y vestidos costosos.

¿Se darán cuenta de que así llaman al Nuevo Testamento anticuado también? ¿Qué hacen nuestras mujeres, profesando piedad y a la vez llevando oro y perlas, o la imitación de estos lujos? ¿Es que todos tenemos vergüenza de enseñar e insistir en lo que la Biblia enseña? ¿Que Dios nos ayude! ¿Dónde están los varones de Dios que se levantarán y contendrán

ardientemente por la fe? Los hombres cada vez guardan más silencio y las damas más fijan la pauta.

Y por último, nuestro **orgullo** y falta de arrepentimiento. En lugar de reconocer pobreza, intentamos esconderla. Encubrimos el pecado o lo disculpamos como enfermedad, problema, falta de madurez o debilidad. Está mal visto hablar de nuestro *pecado e iniquidad*. No queremos juzgar el mal; pensamos que con el tiempo se sanan o se autocorrigen las cosas.

Pero, ¿es verdad que el tiempo hace esto? ¿Pensamos salir airosos, sin castigo divino? ¿Acaso no segamos lo que hemos sembrado? Gálatas 6.7 advierte que no debemos engañarnos; Dios no puede ser burlado, ni por creyente ni por inconverso.

¿Qué diremos de nuestros hogares, las peleas dentro del seno de la familia, las separaciones y aun los divorcios entre creyentes? ¿Qué diremos de las lágrimas que derraman tanto padres como hijos a consecuencia de semejante ruina? Pero estos mismos también lloran al presentarse en la cena del Señor, y nos corresponde citar Malaquías 2.13: “Esta otra vez haréis cumplir el altar de Jehová de lágrimas, de llanto, y de clamor; así que no miraré más a la ofrenda, para aceptarla con gusto de vuestra mano”.

¿Cuándo nos daremos cuenta de que Dios nos está hablando por medio de las enfermedades y tragedias? “... por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros”, 1 Corintios 11.30. Es verdad que siempre ha habido, hay y habrá una que otra enfermedad o tragedia en esta vida, pero cuando acontecen con una frecuencia anormal, ¿no debemos ser sensibles a esto? El Señor emplea estas cosas para llamarnos la atención.

Piensa en el número de creyentes que gastan una pequeña fortuna en tratamiento psiquiátrico, cosa que antes era para los del mundo que no tienen a Dios. Es verdad que siempre ha habido, y habrá, problemas emocionales, pero hoy día abundan más que nunca. Tal vez Dios quiera decir algo por esos muchos casos. Y antes en la historia, la Iglesia nunca recurría en busca de ayuda a una filosofía tan anticristiana y antibíblica como es la psiquiatría consultiva. Hemos perdido el norte.

Nuestro desliz de las cosas de Dios tiene otras consecuencias también. Muchos hijos aborrecen a sus padres y sólo desean estar lejos de ellos. ¿Afecto natural? ¡Ni hablar! En cuanto a la oración, los cielos son como bronce; nuestras oraciones prefabricadas, repetitivas, compuestas de frases hechas “evangélicas”, no pueden penetrar. Casi hemos vuelto a rezar: usamos vez tras vez las mismas palabras y hasta en la misma secuencia.

Dios ha perforado nuestra bolsa con agujeros; trabajamos y ahorramos, pero nunca parece que hay suficiente. No ofrendamos al Señor con liberalidad; algunos no le damos ni la décima parte, así que al final tenemos que dárselo al dentista y al mecánico.

Sufrimos un hambre en cuanto a la Palabra de Dios. Al ministerio le falta unción. Consiste a veces en un repaso de lo obvio. Aun los predicadores más conservadores hablan generalidades sobre el pecado; tiene orín aquella trompeta de Isaías 58:1: “Clama a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión”. Nadie quiere poner el dedo en la llaga; sanan la herida de la hija de mi pueblo con liviandad. Y no se puede echar toda la culpa a los predicadores, porque también puede ser un juicio de Dios sobre nosotros por quererlo así. Nos gusta la papilla y no queremos las predicaciones duras que ayudarían.

La reunión de adoración se parece a un muerto. Hay huecos silenciosos y aburridos, cual fruto de nuestra larga ocupación con el deporte y el televisor. Las reuniones evangélicas se

realizan por cumplir, como si pescáramos en una bañera que no contiene peces. Hay algunas asambleas donde pasan años sin la conversión de una sola persona.

Si no podemos ver que Dios habla y amonesta por medio de todo esto, ¿qué más puede hacer para despertarnos? Somos como la gente de Isaías capítulo 1, herida pero necia y lenta para oír:

“¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malignos, hijos depravados! Dejaron a Jehová, provocaron a ira al Santo de Israel, se volvieron atrás. ¿Por qué querréis ser castigados aún? ¿Todavía os rebelaréis? Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite. Vuestra tierra está destruida, vuestras ciudades puestas a fuego, vuestra tierra delante de vosotros comida por extranjeros, y asolada como asoleamiento de extraños. Y queda la hija de Sion como enramada en viña, y como cabaña en melonar, como ciudad asolada”.

¡Necesitamos el arrepentimiento! Que salga de nuestras bocas, al pie de la cruz: “Hemos pecado. *Yo* he pecado”. Tenemos que corregir y “remendar” los daños que nos han hecho las querellas y pleitos, no exigiendo perdón sino pidiendo perdón a quienes hemos hecho mal. No digamos: “Si te he ofendido en algo ...” eso no es reconocer y confesar el mal.

También tenemos que arrepentirnos como asambleas, como congregaciones de creyentes. Nunca en la memoria nuestra se ha convocado una reunión con el propósito de arrepentirnos y expresarlo públicamente. Ha llegado la hora. Que se vea y escuche entre nosotros el liderazgo espiritual: varones de Dios que nos llamen a arrodillarnos. ¿Acaso el lector no crea que es posible sentir la ira de Dios como cristiano? Te equivocas, ya que Romanos 11.21 dice: “Si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará”.

Debemos comer la ofrenda por el pecado como lo hizo Daniel: “Hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impiamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas”, Daniel 9.5. Debemos asirnos a la promesa de Dios en 2 Crónicas 7.14: “Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra”.

Es hora de buscar al Señor. Él nos llama a través de la voz de otro profeta también: “Por tu pecado has caído. Llevad con vosotros palabras de súplica, y volved a Jehová, y decidle: «Quita toda iniquidad, y acepta el bien, y te ofreceremos la ofrenda de nuestros labios,»” Oseas 14.1,2.

Hemos sido un pueblo orgulloso, jactándonos de nuestros evangelistas y maestros de renombre. Nos jactamos de nuestros edificios y por poco caemos en el error que ningún mal nos puede suceder porque celebramos la cena del Señor cada domingo. En Jeremías 7 el Señor tuvo que desengañar a su pueblo de aquel entonces de esa idea. “No fijéis en palabras de mentira, diciendo: «Templo de Jehová, templo de Jehová es este» ...” Que leas el resto del pasaje.

Nuestra humildad ha sido de fachada. Casi diría que ha sido para que los demás digan que cuán humildes somos, porque nos hemos creído superiores a los demás. Si es que tenemos más luz y sabemos una mejor doctrina, ¿de qué nos ha aprovechado? No andamos en ella. Solamente aumentamos el juicio que comenzará por la casa de Dios; 1 Pedro 4.17.

“¡Vuélvete a mí!” dice Jehová. “Reconoce, pues, tu maldad, porque contra Jehová tu Dios has prevaricado”. “Yo soy vuestro esposo; y os tomaré uno de cada ciudad, y dos de cada familia, y os introduciré en Sion”. Jeremías 3.1,13,14.

El camino que lleva al avivamiento y bendición divina es el de confesar la verdad reveladora de nuestra condición, corregir y restituir lo que hemos hecho mal, apartarnos del pecado e ir a la presencia de Dios para que nos sane y nos bendiga. Hemos de tomar en serio este problema grave, el de la condición perdida del mundo y la condición impotente de nuestras respectivas asambleas del pueblo del Señor.